



# CODIGO DE SABOTAJE

UN THRILLER DE  
DAVID  
RIBAS

ALFREDO DE BRAGANZA

Un avión comercial es atacado por terroristas y mueren cientos de personas. La capital financiera y turística de la India se sume en el caos con la explosión de un vuelo comercial en el aeropuerto internacional de Bombay. Pero la matanza no termina allí, porque hay otros objetivos. David Ribas tendrá que enfrentarse a un despiadado plan cuya misión es sabotear el vuelo inaugural del puente aéreo entre Cochín y Barcelona, lo que provocaría nuevas víctimas inocentes.

¿Logrará el exoperativo español vencer a sus demonios interiores y conseguir su objetivo?

Para Ariam y Dino, con cariño.  
Y para mis nobles y fieles amigos de cuatro patas, porque  
como dijo Mark Twain: «Cuanto más aprendo sobre la  
gente, más me gusta mi perro».

«Tú tienes poder sobre tu mente, no sobre los  
acontecimientos. Date cuenta de esto y encontrarás la  
fuerza».

*Marco Aurelio*

«Para que triunfe el mal, basta con que los hombres de  
bien no hagan nada».

*Edmund Burke*

«No nos elevamos al nivel de nuestras expectativas.  
Caemos al nivel de nuestro entrenamiento».

*Arquíloco*

## Prefacio

Hacía varios minutos que se habían encendido las luces. Las azafatas se aseguraron de que las bandejas estaban en posición vertical y de los pasajeros tenían puesto el cinturón de seguridad.

A cinco mil metros de altitud, el avión procedente de Heathrow realizó la maniobra de aproximación por el norte para describir después una larga curva y enfilar el pasillo aéreo principal.

El pasajero del asiento 27-H veía en la pantalla del respaldo delantero el pequeño avión blanco que acababa de virar y apuntaba hacia Bombay, el final de su trayecto. Iba bien vestido, con pantalón de color *beige*, camisa impecable de líneas azules y blancas y zapatos marrones oscuros. Si no fuera por el turbante y la poblada barba, cualquiera hubiera podido pensar que era un ejecutivo occidental. Y lo era, pues aunque de origen indio, su nacionalidad era británica. Pertenecía al crisol de culturas distintas y opuestas del Reino Unido.

Otros pasajeros sentados junto a las ventanillas miraban medrosamente al exterior, absortos en el descenso avión.

En cabina se respiraba el ambiente de impaciencia general que precede a todo aterrizaje. El piloto recibió autorización para aterrizar. Ante él, un Boeing había despegado con destino a Sídney, y unos diecisiete kilómetros atrás tenían un avión comercial procedente de Londres.

Se estimaba que en el Aeropuerto Internacional Chhatrapati Shivaji de Bombay operaban más de mil aviones al

día. Incluso decían, orgullosamente, que había llegado a estar más ocupado que los londinenses de Gatwick y Heathrow.

Los alerones se abrieron y el tren de aterrizaje ya asomaba por la panza del reactor. El avión parecía que iba a chocar contra las miles de chabolas y viviendas de los barrios más pobres de la ciudad levantados alrededor del aeropuerto internacional.

El vuelo de British Airways procedente de Heathrow tomó tierra a las 09:34. Unos minutos después, el piloto detuvo el reactor junto al túnel móvil de pasajeros. Siguiendo el protocolo, un oficial de cabina tecleó una serie de códigos, las luces parpadearon para terminar de brillar con toda su intensidad y la boca del túnel se ajustó a la puerta de salida.

Los pasajeros de primera clase fueron saliendo y, después, los de clase business. Los de la clase económica, impacientes como ganado por escapar del establo, permanecían de pie con ganas de salir; alguno trataba de abrirse paso, pese que aún debían aguardar varios minutos.

Cuando el pasajero del asiento 27-H salió al túnel móvil, recibió el calor sofocante del ambiente, además del olor: una mezcla de fragancia de incienso de sándalo con lejía barata, efectiva para limpiar los suelos.

Los pasajeros se amontaron en las escalerillas metálicas y fueron bajando como hormigas. Los más impacientes tomaron las escaleras.

Abajo, en la planta principal, los agentes del control de pasaportes aguardaban la marea humana.

En una pared lateral de la amplia sala había un espejo rectangular falso. Tras él, el director general de Aduanas monitorizaba los movimientos del pasajero que había ocupado el asiento 27-H.

Los británicos habían aportado a las habituales tediosas jornadas laborales de los indios un poco de animación. Les habían advertido de que el pasajero Balbir Singh, con pa-

saporte británico, era sospechoso de transportar en su maleta material electrónico que podía ser utilizado en la fabricación de artefactos explosivos.

A oídos de los indios resonaron ecos del grupo terrorista Babbar Khalsa, separatistas sijs que afirmaban que el territorio *sij* del Indostán fue un reino independiente durante muchos siglos y que a ellos se les prometió la emancipación de su territorio durante el proceso de independencia de la India, así como a los musulmanes indostaníes se les prometió Pakistán. A aquel añorado estado independiente lo llamaron Jalistán.

La colaboración entre los departamentos de Inmigración y Aduanas era imprescindible en este tipo de situaciones. Lo que no tenía explicación era por qué los británicos habían permitido que embarcara el pasajero, pero la respuesta estaba en que, al ser el sospechoso de origen indio, los británicos querían endosarles el problema.

Desde 1947 las autoridades británicas nunca dejaban de manifestar a los antiguos súbditos su agravio por haberles despojado de la joya de la corona. Más de un funcionario no podía evitar pensar qué país tan distinto hubiera sido la India si hubiese continuado bajo mandato británico. Por lo pronto, se hubieran evitado las sangrientas guerras internas que acabaron con la división de la India en Bangladés, Birmania, Sri Lanka y Pakistán.

Cuando a Balbir Singh le devolvieron el pasaporte y siguió su camino hacia la zona de recogida de equipaje, el funcionario de Inmigración alzó ligeramente la cabeza hacia el espejo pasándose una mano por el cabello. Era la señal acordada.

Un hombre que parecía limpiar una marquesina de publicidad con un spray y un trapo, recibió un mensaje a través del minúsculo auricular que llevaba en un oído. Al cabo de un instante, el sospechoso pasó junto a él.

Cuando el pasajero del asiento 27-H llegó a la zona de recogida de equipajes, ya había más de cien personas alre-

dedor de la cinta. Otro grupo de pasajeros procedente de otro vuelo aguardaba también en la cinta posterior.

Por las imágenes internas, el director de Aduanas, frente a la maraña de monitores colgados de una pared, no perdía de vista al sospechoso.

A dos metros de distancia de Balbir Singh se encontraba una señora mayor con un sombrero pasado de moda y vestida con una elegante túnica blanca con botones de perlas. Los viajeros de alrededor ya habían identificado sus respectivos equipajes y comenzaban a salir de la terminal. La señora, al ver su maleta en la cinta transportadora, pidió al apuesto hombre del turbante que tenía al lado si podía recogerla. Este se apresuró diligentemente, levantó la Samsonite y la colocó sobre el carrito de ruedas en el que ya había una maleta de mano. En la etiqueta que colgaba del asa se podía leer «Sra. Fátima Martínez. British Airways BA 139. London Heathrow-Bombay». En un lado de la maleta había una pegatina redonda con rayos de sol en llamativos colores rojos y amarillos, símbolo del movimiento espiritual de los Brahma Kumaris. La señora le dio las gracias y se marchó.

Una vez recogido el equipaje, los viajeros guardaron fila frente a la puerta de «Nada que declarar». En primera línea, un grupo de indios cargaban televisores de pantalla plana que sobrepasaban de largo el carrito de ruedas, además de otros electrodomésticos, y se enzarzaron en una disputa con dos oficiales sobre la necesidad o no de rellenar unos formularios.

El director de Aduanas seguía todo el proceso tras otro falso espejo observando cómo la serpiente humana desfilaba por el pasillo de «Nada que declarar».

El grupo de indios, con sus electrodomésticos, fue llevado en medio de fuertes protestas a una salita anexa. Los demás viajeros siguieron en la fila hasta que les llegara el turno de salida.

Balbir Singh accionaba su teléfono móvil; no dejaban de llegar mensajes con intermitentes pitidos. Se encontraba cerca de la salida cuando cuatro funcionarios se acercaron a él. Uno de ellos le dijo:

—¿Sería tan amable de acompañarnos, caballero?

El sij británico puso cara de pocos amigos.

—No me fastidien, por favor —les espetó con enfado—. El vuelo ha llegado con retraso y mis familiares me están esperando.

—Será solo un momento —insistió el oficial.

Cuando se lo llevaron hacia una habitación anexa, el director de Aduanas suspiró aliviado. Se congratulaba de su buen olfato detectivesco, de su habilidad, de que todo hubiera salido perfectamente. Escribiría un informe lleno de frases adulatorias sobre su capacidad de análisis y pronto sería promovido por sus superiores.

El suceso se había resuelto siguiendo el protocolo habitual. Había sido una artimaña por parte de un grupo criminal británico, que habían utilizado a su compatriota de origen indio como mula para transportar a la India algo sospechoso. Con su turbante y apariencia anónima creyeron que pasaría desapercibido en su destino. «Pues no —se dijo a sí mismo el director de Aduanas—. Conmigo y con mi equipo han topado».

Sin embargo, mientras los funcionarios de Aduanas registraban la maleta del sij británico y los acontecimientos comenzaban a girar al no encontrar nada sospechoso en su equipaje, una señora mayor de nacionalidad española había salido del aeropuerto.

Nadie había prestado atención a una encantadora señora cuyo aspecto parecía el de Margaret Rutherford, con el rostro arrugado, ojos vivos bajo un flequillo gris y un sombrero Parfois de fibra natural.

Había tomado un taxi de prepago. En el maletero estaba la Samsonite facturada y su equipaje de mano, una ma-

leta de ruedas en cuyos forros había pequeños componentes electrónicos para causar un atentado terrorista.

# Primera Parte

## El Ataque

## Capítulo 1

David Ribas permanecía a la espera de ser llamado para entrar en la arena. Descalzo y desnudo de cintura para arriba, vestía solo un pantalón vaquero. El español estaba solo en una de las carpas levantadas a las afueras de un pueblo situado a unos ochenta kilómetros de Bombay. Desde el exterior se oían gritos y vítores tras haber acabado la pelea anterior.

Las palabras de su maestro indio de artes marciales resonaban en su mente: «No puedes permitir que tu cerebro permanezca dañado. Los horrores de tu pasado no pueden apoderarse de tu presente. ¿Me oyes?». El asentía en silencio.

De vez en cuando el español se internaba en el submundo del interior de la India, y como un adicto en busca de su adicción, participaba en peleas que organizaba una red clandestina que se lucraba con estos eventos.

Tenían a la policía sobornada, así como a los políticos locales. Entretenían al público durante unas horas y se organizaban apuestas. Terminado el tiempo, desmontaban las carpas y se marchaban como si no hubiera pasado nada. Las peleas se sucedían muy deprisa, una detrás de otra. No había reglas. Ganaban tanto dinero que tardaban meses en organizar otro espectáculo similar en un lugar diferente.

Los participantes, que viajaban desde distintos puntos del país, eran los más brutos, grandes y musculosos que el público hubiera visto jamás, por lo que los organizadores recaudaban mucho dinero. A los luchadores les entregaba una cantidad igual para todos. Pero solo a los ganadores se le daba un dinero extra.

El español recordaba los consejos y enseñanzas que le daba su entrenador personal cuando le instruyó en diversas

artes marciales. Guru, como popularmente lo llamaban, fue su mentor. Dirigía una *akhara*, una academia de lucha, en un suburbio de Bombay. Allí, el español aprendió técnicas milenarias como el *khusti*, desarrollado durante el imperio mogol al combinar el persa *koshti pahlevani* con influencias de la india *malla-yuddha*.

También aprendió artes marciales modernas, como el *jeet kune do*, desarrollado en los años sesenta del pasado siglo por Bruce Lee, que fusionó diferentes técnicas procedentes de otras artes marciales, como el estilo chino del *wing chun*, el boxeo occidental y derivados como el *kick boxing*, el *tangsudo* o kárate coreano, el judo japonés, la esgrima occidental, el *kali* filipino y otras disciplinas que analizó, revisó y aplicó a partir de sus estudios de fisiología del cuerpo humano.

«Eres superior a tu contrincante, pero todo se puede venir abajo en un solo instante si pierdes el dominio de ti mismo». Comenzó a realizar estiramientos de cuello, a mover los hombros arriba y abajo y a inspirar y espirar despacio mientras la voz de su antiguo maestro seguía surcando en su mente.

En otra ocasión le dijo: «Estás cerca de volver a la normalidad». Pero ¿qué era normal en la vida que le había tocado vivir? Muchos años antes, su esposa Cristina Navarro había muerto asesinada durante el asalto al hotel Taj Mahal Palace en Bombay por parte de terroristas islámicos. Se encontraban pasando unos días en la India con el fin de realizar el viaje de novios que en su día no pudieron hacer. Ella estaba embarazada. Él pudo ser padre de familia. Un futuro próspero y feliz fue truncado por unas mentes fanáticas y desprovistas de toda humanidad.

«No puedes permitir que las emociones te embarguen». El sentimiento de culpabilidad por no haber conseguido protegerla le perseguía. En un principio se había culpado a sí mismo por no haber hecho lo suficiente por defenderla. Tanto era así, que en sueños se le aparecía Cristina culpán-

dolo de ello. Por este motivo se mantenía con vida, para saciarse de venganza por lo ocurrido.

David Ribas se repetía a sí mismo que él no había escogido en la India su forma de vida, sino que esta lo había escogido a él.

El organizador del evento entró en la carpa fumando un cigarrillo. Miró al español de arriba abajo e hizo un movimiento de cabeza de un lado a otro.

—No tienes ni idea de lo que te espera ahí —dijo en hindi con un fuerte acento del norte de la India y señalando con el pulgar hacia el exterior—. Ese hombre es más grande y musculoso que tú.

Se oyeron los gritos del público enardecido que pedía que comenzara la siguiente pelea.

El árbitro asomó la cabeza en el interior de la carpa.

—Afuera —anunció.

David comenzó a mover hombros y brazos.

—Y recuerda —le advirtió el organizador señalándole con el índice—, si te rompes la nariz o una costilla, la medicación, la cura, la hospitalización o lo que sea, lo cubres tú.

El árbitro y el organizador intercambiaron una mirada, moviendo ambos la cabeza, sin dar margen de posibilidad a aquel delgado pero fibroso hombre contra la mole que esperaba fuera.

El árbitro se marchó seguido por David Ribas.

Al llegar, el árbitro se situó en medio de la arena alzando los brazos para tranquilizar al gentío, que gritaba eufórico.

David levantó la mirada hacia su rival. Los dos contrincantes estuvieron frente a frente mirándose en forma desafiante.

«Olvida el pasado. Ya tienes una nueva vida. Eres un luchador. No hay tiempo ni espacio para derrotas. La violencia es tu estilo de vida».

## Capítulo 2

Un hombre llegó a la valla que cubría el perímetro del aeropuerto. Abrió una brecha en la deteriorada alambrada y entró. Se mantuvo quieto un instante. Alzó la vista e hizo un reconocimiento de las inmediaciones, buscando elementos hostiles, algún imprevisto, pero no vio ni oyó nada inusual. Prosiguió.

Caminó agachado hasta situarse en el lugar planeado y se quitó la pesada mochila que cargaba a su espalda. Con la respiración agitada y el sudor que le empapaba el uniforme de mantenimiento de pista, comprendió lo inevitable. Aunque se mantenía razonablemente en forma, ya había cumplido los cincuenta años y notaba que le costaba llevar a cabo con agilidad lo que con tanta facilidad hacía una década antes, cuando luchaba en Afganistán, Irak y, finalmente, en Siria.

La previsión meteorológica informaba de cielos despejados en prácticamente toda la ruta. Como todos los lunes y miércoles, el vuelo doméstico 6E-463 de IndiGo tenía la salida programada a las 08:10 de la mañana del Aeropuerto Internacional de Bombay con destino al de Cochín, también conocido como Aeropuerto Nedumbassery.

El ayudante de vuelo informó al capitán de que todos los pasajeros se hallaban a bordo. Se cerraron las puertas y el Airbus A320 se separó de la puerta de embarque.

En un lugar apartado del perímetro del aeropuerto, entre la multitud de chabolas construidas ilegalmente en los alrededores, el hombre sacó dos fundas de tela de la pesada mochila. Desabrochó primero la más grande, que dejaba ver una caja alargada. La abrió y sacó un tubo y varias piezas. Luego abrió la segunda funda. Comenzó a montar